

INTEGRACIÓN ESTÉTICA DE FINES Y MEDIOS EN EL PRAGMATISMO DE JOHN DEWEY. CONSECUENCIAS ÉTICAS

AESTHETIC INTEGRATION OF ENDS AND MEANS IN JOHN DEWEY'S PRAGMATISM. ETHICAL CONSEQUENCES

MARTA VAAMONDE GAMO

Fecha de recepción: 28/08/22
Fecha de aceptación: 22/11/22

Resumen: Este artículo analiza la integración de fines y medios en la experiencia estética y sus consecuencias éticas a través de una lectura crítica de la obra de John Dewey. La primera parte caracteriza la experiencia estética como «una experiencia» que integra emociones, sentidos e ideales. La segunda parte analiza la integración de fines y medios que el arte supone y las posibilidades que ofrece para la comprensión moral de los fines. Como conclusión, se exponen las posibilidades éticas de la estética deweyana.

Abstract: *This article analyzes the integration of ends and means in aesthetic experience and its moral consequences through a critical reading of John Dewey's work. The first part characterizes aesthetic experience as «an experience» that integrates emotions, senses and ideals. The second part analyzes the integration of ends and means that art implies and the possibilities it offers for the moral understanding of the ends. In conclusion, the ethical possibilities of deweyan aesthetics are presented.*

Palabras clave: Experiencia estética, dualismo, continuidad, medios, fines.

Keywords: *Aesthetic experience, dualism, continuity, means, ends.*

1. INTRODUCCIÓN. La obra en la que Dewey resume sus planteamientos estéticos, *Arte como experiencia*, suscitó controversias entre sus seguidores desde el momento de su aparición. Richard Bernstein resume así la impresión de uno de ellos: “¿Es que ha invertido Dewey su hegelianismo en los últimos años? ¿O es que yo he comprendido tan poco el pragmatismo que solo he visto la mitad de él y quizá la de menor importancia?”¹. Parecía que el instrumentalismo de Dewey, la importancia que

¹ R. BERNSTEIN, *Filosofía y democracia: John Dewey*, trad. de A. Ruiz, Herder, Barcelona, 2010, p. 181.

concedía al método científico para transformar inteligentemente la experiencia, poco tenía que decir del goce estético². Sin embargo, el propio Dewey afirmó:

A la experiencia estética, pues, debe acudir el filósofo para entender qué es la experiencia. Por esta razón [...], la teoría de la estética propuesta por un filósofo [...] es una prueba de la capacidad del sistema que propone para captar la naturaleza de la experiencia misma. No hay prueba que revele con tanta seguridad la unilateralidad de una filosofía como su tratamiento del arte y la percepción estética³.

El análisis de la teoría estética de Dewey parece entonces imprescindible para comprender su instrumentalismo. La ciencia permite ordenar la experiencia, pero con el fin de disfrutarla, de que sea objeto de satisfacción, y esa satisfacción es lo que la experiencia estética procura. De lo que se trata, para Dewey, es de ampliar el goce estético a nuestras experiencias ordinarias y para eso el arte juega un papel clave, pues nos permite reparar en las cualidades valiosas y significativas de las cosas⁴.

La pregunta, entonces, es qué es lo que proporciona cualidad estética a una experiencia. De acuerdo con Dewey, la experiencia estética no es el resultado de disfrutar de determinadas “piezas de museo” que los críticos de arte o las instituciones marcan como artísticas, lo que da cualidad estética a una experiencia es su integridad, su intensidad. En esa experiencia todos los elementos que la componen fluyen hasta su culminación⁵.

¿Cuáles son los elementos que componen la experiencia y que la experiencia estética integra? Dewey entiende la experiencia como la transacción del individuo con el entorno⁶. En el caso de los seres humanos ese entorno es natural y social. Todas las capacidades humanas, emotivas, intelectuales, orgánicas, están relacionadas entre sí y destinadas a que esa relación fluya. Cuando una experiencia es estética se produce la integración de emociones, ideas, deseos, convirtiendo esa experiencia en valiosa, en objeto de gozo.

Sin embargo, en ocasiones, las emociones, los pensamientos, los deseos y nuestros órganos, se oponen entre sí, produciendo actividades rutinarias o distraídas. Se rompe entonces la integridad de la experiencia que supone, al mismo tiempo, que se rompe la integridad entre los deseos, emociones y las facultades orgánicas.

Según pensaba Dewey, además de las condiciones personales que impiden que la experiencia fluya, hay condiciones sociales que obstaculizan su integridad, es decir, que nuestras experiencias se desarrollen estéticamente. Uno de los obstáculos es la separación social entre una clase dirigente que establece los fines que deben guiar la conducta y otra clase ocupada en desarrollar las conductas que sirven para satisfacer necesidades.

Esta separación, que Dewey calificaba como la gran tragedia moral⁷, ocurría ya en el mundo clásico, en Grecia y Roma. La separación social de seres humanos libres y directores, por una parte, y esclavos por otra, hacía difícil que la experiencia, las interacciones de los individuos con su entorno, adquiriesen cualidades estéticas, pero

² S. HOOK, *John Dewey. Semblanza intelectual*, Paidós, Barcelona, 2000, p. 137.

³ T. M. ALEXANDER, *John Dewey's Theory of Art, Experience & Nature. The Horizons of Feeling*, SUNY, Albany, 1987, p. xiv.

⁴ J. DEWEY, *Art as Experience*, en *The Later Works of John Dewey (1935-1953)*, ed. de Jo Ann Boydston, Southern Illinois University Press, Illinois, 1996, p. 53.

⁵ R. SHUSTERMAN, *Estética pragmatista*, trad. de F. González, Idea Books, Barcelona, 2002, p. 8.

⁶ S. HOOK, *John Dewey. Semblanza intelectual*, p. 139.

⁷ J. DEWEY, *Human Nature and Conduct: An Introduction to Social Psychology*, en *The Middle Work of John Dewey (1925-1953)*, ed. de J. Ann Boydston, Southern Illinois University Press, Illinois, 1996, p. 177.

esta separación se prolongó también en la modernidad. Los fines se situaron en una conciencia introspectiva, alejados de las conductas que servían técnica y económicamente para satisfacer necesidades. La consecuencia es que los fines se hacen estériles, porque, situados en un mundo aparte, no realizan su función, dirigir satisfactoriamente las conductas ordinarias; y las conductas, orientadas a satisfacer necesidades económicas y materiales, se desprenden de toda cualidad estética y moral. La consecuencia es que los fines no se plasman en las conductas y las conductas se vacían de significación.

Frente a esta separación, la experiencia, cuando es estética, se goza por sí misma. Como afirma Sidney Hook: «El modo de experiencia que denominamos estético difiere de otros en que revela de un modo preeminente y distintivo esa íntima fusión de lo que es instrumento y fin en sí, de modo tal que no llegamos a ser conscientes de que haya separación alguna entre ellos».⁸

La experiencia estética es buscada por sí misma, es valiosa porque es un medio de satisfacción vital. Frente a la consideración deontológica de los fines, la experiencia estética muestra la continuidad de los fines y los medios.

El objetivo de este artículo es mostrar la relación fines/medios que se logra a través de la experiencia estética y su importancia para la comprensión moral de los valores. En la primera parte se explica la interpretación deweyana de la experiencia estética frente al reduccionismo de algunas teorías estéticas. En la segunda parte, se analiza la integración de fines y medios que supone y su importancia en la comprensión moral de los fines para concluir con las posibilidades que la comprensión deweyana de los fines ofrece a la teoría moral.

2. LA INTERPRETACIÓN DEWEYANA DE LA EXPERIENCIA ESTÉTICA. A pesar del énfasis puesto por Dewey en aplicar a la filosofía el método de investigación, no reduce el pensamiento a una actividad instrumental aplicable a cualquier tipo de finalidad impuesta, como algunas críticas le achacan⁹, puesto que, en la filosofía de Dewey, los medios son inseparables de los fines y esa integración de medios y fines se muestra de modo explícito en la experiencia estética. Destacaré, del análisis deweyano de la experiencia estética, los rasgos que resaltan esa relación de los fines y los medios para analizar, en el siguiente apartado del artículo, su importancia en la consideración moral de los valores.

La experiencia estética, para Dewey, como cualquier otra experiencia, es la interacción objetiva de una criatura y su entorno¹⁰. Por eso hay que encontrar las cualidades estéticas en esas interacciones cotidianas. Hay desarrollos fructíferos de la estética de Dewey que enfatizan la continuidad de la experiencia estética y el entorno natural y cultural.¹¹ La ecoestética de Thomas Alexander¹², la antropología de las artes de Joseph Margolis¹³, o la socioestética de Rick Tilman¹⁴. La estética cotidiana con raíces deweyanas también enfatiza la atención a las cualidades estéticas de los

⁸ S. HOOK, *John Dewey. Semblanza intelectual*, p. 138.

⁹ *Ibidem*, p. 137.

¹⁰ S. HOOK, *John Dewey. Semblanza intelectual*, p. 139.

¹¹ R. DREON, 'Introduction to Pragmatist Legacies in Aesthetics', *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*, 13 (2021), pp. 1-15, p.9.

¹² T. M. ALEXANDER, *The human Eros, Eco-ontology and the Aesthetics of Human Eros*, Fordham University Press, New York, 2013.

¹³ J. MARGOLIS, *The Ars and the Definition of the Human. Toward a Philosophical Anthropology*, Stanford University Press, Stanford, 2009.

¹⁴ R. TILMAN, *Thorstein Veblen, John Dewey, C. Wright Mills, and the Generic Ends of Life*, Rowman and Littlefield, Lanham, 2004.

eventos y objetos ordinarios.¹⁵ Frente a la interpretación hegeliana o analítica que reduce la teoría estética al análisis de las obras de arte, el objetivo, para Dewey, es resaltar la dimensión estética de nuestra vida ordinaria. De hecho, el arte tiene como función vital, potenciar la sensibilidad, la capacidad de disfrute estético que podemos después extender al resto de nuestras actividades.

Lo característico de una experiencia estética es, de acuerdo con Dewey, que es culminante.¹⁶ Se trata de experiencias singulares, únicas: son altamente emotivas y dejan una huella imborrable. Resultan particularmente intensas porque suponen una integración dinámica de todos los elementos que la constituyen: órganos sensoriales, emociones, deseos, ideas y los objetos del entorno respectivos en una especie de acumulación, tensión, conservación, anticipación y finalmente, cumplimiento.¹⁷

La descripción de la experiencia estética como, en palabras de Dewey, «integrada a través de sus propias relaciones internas en una singular totalidad significativa»¹⁸, se malinterpretó como una vuelta de Dewey al idealismo hegeliano de sus comienzos. Así lo consideró Benedetto Croce que afirmó descubrir en la teoría estética de Dewey «sus propias ideas bajo una nueva forma», y Stephen Pepper¹⁹, que encontraba contradicciones entre la vena idealista de la teoría de Dewey, con su énfasis en la totalidad orgánica de la experiencia estética y su veta pragmatista que subrayaba la pluralidad y singularidad de cada experiencia estética.

Sin embargo, como señala Thomas Alexander, hay que interpretar esa totalidad de sentido de la experiencia no desde presupuestos idealistas, es decir, como expresión de un ideal, sino orgánicamente, desde su naturalismo empírico. En la experiencia estética, los distintos elementos que la componen se integran dinámicamente, fluyendo hasta su culminación. En las experiencias culminantes, las emociones del individuo cimientan y dan fuerza a los elementos experimentados del entorno que se perciben integrados. Se siente la armonía percibida, se percibe la armonía sentida, inteligencia y emociones confluyen y se refuerzan en este tipo de experiencia.

Dewey recoge de los clásicos el concepto de virtud como impronta de las experiencias culminantes. La virtud es la excelencia en la actividad que la hace autosuficiente. La excelencia se deriva de la armonía, que es el resultado de la confluencia de los distintos elementos, emotivos, intelectuales, volitivos, de la acción, que se refuerzan recíprocamente. Por eso la virtud fortalece e intensifica las disposiciones de la persona potenciando su crecimiento, que se materializan y desarrollan en la actividad. De ahí que para los griegos hubiera una cualidad estética en el comportamiento moral.

No obstante, esas experiencias culminantes son ocasionales porque la rutina y la dispersión terminan muchas actividades sin que culminen. Yaiko Saito denuncia que para Dewey las experiencias cotidianas raramente son estéticas²⁰ y concluye que su análisis no ayuda a subrayar la dimensión estética de la vida ordinaria. Pero, para Dewey, la función del arte es precisamente destacar y clarificar esas cualidades estéticas de intensidad, integridad y emotividad que se hallan dispersas y oscurecidas

¹⁵ Y. SAITO, *Aesthetics of the Familiar: Everyday Life and World-making*, Oxford University Press, Oxford, 2017, p. 4

¹⁶ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. xiv.

¹⁷ R. SHUSTERMAN, *Estética pragmatista*, p. 8.

¹⁸ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 135.

¹⁹ Thomas M. Alexander explica detalladamente la controversia entre Croce, Pepper y el propio Dewey en T. M. ALEXANDER, *John Dewey's Theory of Art, Experience & Nature. The Horizons of Feeling*, State University of New York Press, Albany, 1987, pp. 1-13.

²⁰ Y. SAITO, *Everyday Aesthetics*, Oxford University Press, Oxford, 2007, p. 45

en la vida cotidiana con el fin de enriquecerla y volverla más significativa. La propuesta de Dewey guarda así paralelismos con la de George Lukács. La obra de arte es un medio homogéneo, como señalaba Lukács, caracterizado por la discriminación perceptiva; esto es, focaliza nuestra atención proporcionándole claridad.²¹

Era clave para Dewey señalar la referencia del arte a la experiencia cotidiana porque difícilmente puede transformar nuestra vida volviéndola más significativa, si los valores estéticos se ubican en un mundo aparte. Y por eso encuentra en las experiencias cotidianas las cualidades estéticas de integridad, intensidad y acumulación que el arte va a procurar. Hay una continuidad entre el arte y el resto de nuestras actividades.²² Un científico cuando está investigando o un mecánico cuando arregla un coche pueden tener experiencias estéticas, siempre que estén volcados en una actividad intensa que la hace única. La diferencia es el material con el que trabajan y la función de su actividad.²³ El artista selecciona el material por sus cualidades y le da forma para propiciar experiencias culminantes.²⁴ Por ejemplo, el científico a través de un cartel indicaría cómo llegar a una ciudad, el artista la expresaría con su obra para que podamos experimentarla. El fin del proceso productivo es provocar experiencias estéticas altamente emotivas.

La obra debe expresar emociones, pero Dewey no entiende las emociones como estados subjetivos ni del artista ni de los que experimentan la obra. Las emociones resultan de la interacción del que experimenta la obra y de la obra misma. Para que esa interacción culmine, la obra debe provocar, mantener y dirigir las emociones hasta su culminación. En este sentido, el proceso productivo y el proceso perceptivo de la obra se complementan. El artista da forma a la obra en función de las cualidades emocionales de los materiales con los que trabaja con el objetivo de provocar experiencias culminantes. En el sentido de que las obras de arte provocan emociones, son expresivas.

La afirmación deweyana de que las obras artísticas son expresivas se malinterpretó, identificando la postura de Dewey con la teoría de la intuición-expresión de Croce y con la teoría de la belleza de Santayana.²⁵ Sin embargo, a diferencia de lo que mantiene la teoría de la expresión, según señala Dewey, el objeto artístico no es sin más la expresión de una emoción, si así fuera, cuanto más intensa fuera una emoción, mejor sería la obra, y, sin embargo, una persona abrumada por la emoción, no puede expresarla. El estallido de una emoción no es su expresión. Por ejemplo, un niño que llora descarga una emoción de tristeza, un actor que en su representación llora, expresa una emoción.

Hay una psicología errónea que se encuentra, como un fósil, afirma Dewey,²⁶ en algunas teorías estéticas, y que sostiene que las emociones son estados introspectivos en lugar de respuestas a condiciones ambientales.²⁷ Según esta teoría, la relación entre las emociones que una obra provoca y la obra misma sería externa. La obra de arte sería un soporte externo para expresar ideales estéticos o emociones puramente subjetivos. La consecuencia es que se separa el proceso productivo y su

²¹ G. LUKÁCS, *Estética 1. La peculiaridad de lo estético*, trad. de M. Sacristán, Grijalbo, Barcelona, 1965, p.323.

²² R. SHUSTERMAN, *Estética pragmatista*, p. 11

²³ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 45.

²⁴ J. DEWEY, *Art as Experience*, pp. 90-91.

²⁵ T. ALEXANDER, *John Dewey's Theory of Art, Experience and Nature. The Horizons of Feeling*, State University of New York Press, New York City, 1987, p. 213.

²⁶ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 250.

²⁷ J. DEWEY, *Art as Experience*, pp.48-49/72/ 153

culminación, que es la obra misma, del proceso perceptivo que interpreta como subjetivo. Es lo que ocurre tanto en las escuelas estéticas idealistas como en las románticas: consideran que el valor de la obra de arte radica en emociones o ideales externos a la obra misma. Frente a esta psicología errónea que subyace en algunas teorías estéticas que entienden la obra de arte como expresión de emociones puramente subjetivas, las emociones, señala Dewey, se suscitan como respuesta a determinadas condiciones; por eso, lo que es emocional es la situación: hay situaciones embarazosas, aterradoras,²⁸ etc. El artista selecciona y ordena las energías y materiales construyendo una obra que provoca experiencias intensamente emocionales. Las obras de arte son expresivas, no porque proyecten las emociones de una subjetividad, como defendía el idealismo, sino porque tienen una forma expresiva que suscita experiencias altamente emotivas.

La separación del proceso productivo, como meramente técnico o formal y perceptivo, como introspectivamente emotivo, es artificial, pues el propio artista es el primero que percibe la obra conforme la realiza.²⁹ La percepción es también un proceso dinámico y temporal. Unos elementos de la obra nos llevan a otros en un proceso sin fin porque las obras de arte siempre nos pueden decir algo nuevo³⁰. Por eso no hay que interpretar la totalidad significativa de la experiencia estética como si tuviera un significado conclusivo. La experiencia estética tiene siempre un carácter novedoso, pues hay elementos de tensión que le aportan dinamismo y que permiten que cada vez que se experimente estéticamente la experiencia sea nuevamente significativa.

Dewey no reduce las experiencias estéticas a la interacción con objetos considerados artísticos, hay cualidades estéticas en algunas actividades cotidianas³¹ y puede haber también cualidades estéticas en las interacciones con la naturaleza. La integridad, la intensidad, la sucesión rítmica de tensión-satisfacción, anticipación, conservación hasta su culminación, son cualidades estéticas presentes en nuestra vida.³² Las experiencias estéticas son culminantes porque integran funcionalmente los distintos elementos: deseos, emociones e ideas que forman parte de la experiencia. Son experiencias buscadas en sí mismas, son fines en sí, y al mismo tiempo son inseparables de los medios materiales a través de los cuales se realizan. Son la prueba manifiesta de la continuidad en la experiencia de los fines y los medios. Por eso, el arte, que tiene como función producir experiencias estéticas, muestra, frente a las teorías morales que separan los fines de la experiencia, el valor de la experiencia y la funcionalidad de los fines.

3. CONTINUIDAD DE FINES Y MEDIOS EN LA EXPERIENCIA ESTÉTICA Y SUS CONSECUENCIAS MORALES. Dewey consideraba que la separación del arte y la vida era uno de los problemas más acuciantes de su contexto cultural. Esta separación no es exclusiva del arte, sino propia de la vida moderna. Dewey señala: «La vida se compartimenta [...], la religión, la moral, la política, los negocios, tienen su propio compartimento, el arte también tiene su campo propio y privado. La compartimentación de las ocupaciones ocasiona la separación entre un modo de acción comúnmente llamada ‘práctica’, [...] de los propósitos del trabajo».³³

²⁸ R. ELDRIDGE, ‘Dewey’s Aesthetics’, *The Cambridge Companion to Dewey*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, p. 249.

²⁹ J. DEWEY, *Art as Experience*, p.54.

³⁰ J. CLARAMONTE, *Estética modal II*, Tecnos, Madrid, 2021, p. 56.

³¹ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 42.

³² R. SHUSTERMAN, *Estética pragmatista*, p. 8.

³³ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 26.

Dewey es ampliamente reconocido por considerar que esa separación es el resultado del dualismo moderno. No obstante, señala que comenzó en el mundo griego. Los griegos naturalizaron la separación social entre la clase directiva y los esclavos dedicados a actividades productivas. Creían que existía un orden esencial natural que ordenaba la comunidad³⁴ y que la producción artística debía reproducir. La naturaleza se interpretaba como una especie de artista que dirigía cada actividad hacia su propia perfección integrándolas en un cosmos armónico, determinado y finito.³⁵ La belleza, la verdad y el bien se desprendían de la estructura del mundo que todo lo gobernaba.³⁶

El cambio en las condiciones de vida modernas, el desarrollo del comercio y la aparición de la burguesía, supusieron la aparición del sujeto. Se interpretó al individuo como independiente. Su naturaleza racional le permitía dirigir su propia vida incondicionalmente, al margen de la naturaleza física y de la sociedad.³⁷ Las esencias, como referencias naturales de la vida humana, dejan de tener sentido. La Revolución Científica, con su crítica a la física y cosmología aristotélica, contribuyó a eliminarlas. La conclusión es que no hay fines en la naturaleza, los fines se ubican en la conciencia interpretada como introspectiva.³⁸

La consecuencia de este dualismo fue la separación de medios: hechos físicos, y fines: valores directivos, en toda la gama de actividades humanas. El análisis de los hechos objetivos se consideró función de la ciencia, la determinación de los fines puramente intencionales, de la moral. El resultado fue que la ciencia se vinculó cada vez más a la técnica y a la producción, y que la moral, dirigida a las intenciones, se separaba de las actividades productivas consideradas puramente instrumentales. En última instancia, la separación medios-fines, supuso la fragmentación de la vida humana, la separación de lo público y político de lo moral y privado, la ciencia de la ética.³⁹ El arte sufre también las consecuencias de la fragmentación de la vida y se separa del resto de la experiencia humana y de la vida en comunidad, en un intento de reconciliar al ser humano consigo mismo: su cuerpo y su conciencia, sus emociones y sus fines; y de reconciliarle también con la naturaleza, vista, a través del arte, como sujeta a una «finalidad sin fin», es decir, de un modo no puramente mecánico, sino más en sintonía con los seres humanos, más agradable, en definitiva. Pero se trataba de una visión estética ubicada en el sujeto que, interpretado al margen de la naturaleza física, poca fuerza tenía en la transformación social. El romanticismo es un claro ejemplo de esta fuga de una realidad que resulta un tanto insoportable.⁴⁰

Según Dewey, los valores no subsisten en un mundo aparte, ni son puramente objetivos, como sostenía el realismo clásico, ni puramente subjetivos, como sostiene el subjetivismo moderno; proceden de la interacción del individuo con el entorno. Los valores en general o en abstracto, como, por ejemplo, la salud o la nobleza, como el resto de las ideas de la ciencia natural, son herramientas alcanzadas en nuestras experiencias pasadas por su capacidad para dirigirla satisfactoriamente. Esos valores generales facilitan el examen de los casos concretos, al tiempo que se verifican por su

³⁴ J. DEWEY, *Experience and Nature*, p.80.

³⁵ J. DEWEY, *Experience and Nature*, p. 79.

³⁶ J. DEWEY, *Teoría de la valoración*, trad. de M. L. Basteiro, Siruela, Madrid, 2008, p. 14.

³⁷ R. BERNSTEIN, *Filosofía y democracia: John Dewey*, trad. de A. García, Herder, Barcelona, 2010, p.184.

³⁸ J. DEWEY, *Teoría de la valoración*, p. 17.

³⁹ J. DEWEY, *Experience and Nature*, p.4.

⁴⁰ Preservar la autonomía sin que suponga desconexión de otros ámbitos de la vida es la tarea que realiza Jordi Claramonte en *La república de los fines*, Cendeac, Murcia, 2010, p. 13.

aplicación en tales casos.⁴¹ Por tanto, surgen de las valoraciones, que comienzan cuando hay una tensión entre la persona y el entorno. La tensión genera deseos e intereses que se refieren a ciertos objetos como sus fines. Por ejemplo, si en mitad de un paseo por la naturaleza comienza una tormenta que pone en peligro nuestra seguridad, se produce una tensión, que se traduce en un deseo de ponernos a salvo de los rayos. Hay entonces que valorar los distintos cursos de acción por sus consecuencias, ponernos debajo de los árboles queda descartado por el riesgo de que los árboles atraigan los rayos, o pedir cobijo en una casa cercana, a pesar de que el vecino no nos resulta agradable. La elección de unos deseos, como el de cobijo, inhibirá otros, como la antipatía del vecino. Evitaremos entonces las condiciones que impiden satisfacer el deseo de cobijo y promoveremos las que los procuran: evitaremos el recuerdo de situaciones incómodas con el vecino y potenciaremos la imagen de su cálida casa. Por eso, la evaluación de un fin, la seguridad, está vinculada a la valoración de los medios para lograrlo. Afirma Dewey: «En los deseos e intereses que determinan fines-valores [...] se evalúan cosas (actos y materiales) como medios».⁴² La valoración supone una estimación, va ligada al deseo que se necesita satisfacer. Si no hubiera deseo, nada motivaría la conducta. Incluso el conocimiento, para Platón, se identifica con el deseo de saber. La oposición clásica entre lo que la conciencia dicta y lo que se desea, refleja, más bien, la oposición entre distintos deseos, según señala Dewey⁴³. La función de la deliberación es determinar qué deseos y con qué medios deben ser satisfechos e inhibir los impulsos y medios perjudiciales, de acuerdo con un examen detenido de la situación.

Analizando empíricamente la conducta, Dewey afirma que, en primer lugar, hay deseos que la impulsan. El deseo es una reacción emocional contra el estado de cosas presente. La acción no se acopla satisfactoriamente y se proyecta imaginativamente una situación que sería satisfactoria. Esa situación idealizada tiene como raíz experiencias pasadas y se convierte en objetivo cuando, analizando las circunstancias presentes, sirve de guía para su reconstrucción. La señal de que ese reajuste se ha logrado es la satisfacción que la conducta procura, la liberación de los deseos e impulsos, que quedan armonizados⁴⁴.

De hecho, el fin es un medio para desarrollar la acción presente, no la acción presente un medio para lograr un fin remoto. Cuando los fines se consideran como el fin de la acción y no como un medio de ordenarla, se incurre en la desconsideración del contexto y las circunstancias o en el fanatismo⁴⁵. Los fines tienen una función en la conducta, son un estímulo para unificar y liberar los hábitos e impulsos presentes, contradictorios y confusos⁴⁶.

Sin embargo, sostiene Dewey, ha habido una tendencia en la teoría moral a considerar los valores como trascendentes a la conducta, como fines en sí, como fijos⁴⁷. Ahora bien, la prueba más manifiesta de que los fines son inseparables de la experiencia, esto es, de la transacción del individuo con el entorno, y de que su función es ordenar los elementos que forman parte de la experiencia hasta su satisfacción, es la experiencia estética. La experiencia estética es gozada por sí misma, es un fin en sí misma, pero su valor es inseparable de los medios materiales en los

⁴¹ J. DEWEY, *Teoría de la valoración*, p. 108.

⁴² J. DEWEY, *Teoría de la valoración*, p. 88.

⁴³ J. DEWEY, *Naturaleza humana y conducta*, pp.182-183.

⁴⁴ J. DEWEY, *Naturaleza humana y conducta*, p. 216.

⁴⁵ J. DEWEY, *Naturaleza humana y conducta*, trad. de R. Castillo, Fondo de cultura económica, México, 1982, p. 210.

⁴⁶ J. DEWEY, *Teoría de la valoración*, p. 212.

⁴⁷ J. DEWEY, *Naturaleza humana y conducta*, p. 207.

que se realiza. Cuando ese disfrute estético ha sido reflexivamente producido, la actividad es artística. Dewey sostiene: «Todas las actividades inteligentes de los seres humanos, no importa si se expresan en ciencia, finas artes o relaciones sociales, tienen como tarea la conversión de [...] relaciones de sucesión, en una conexión de medios-consecuencias. Cuando la tarea se logra el resultado es arte. En el arte todo es común entre medios y fines».⁴⁸

Como se ha apuntado, de acuerdo con Dewey, lo que determina la calidad artística de algo no es la pericia técnica de su proceso de producción, sino que provoque una experiencia estética, es decir, culminante, valiosa y significativa. Ahora bien, los procesos artísticos son medios de los que se sirven los artistas para procurar este tipo de experiencias culminantes. Las bellas artes son intentos deliberados de potenciar experiencias satisfactorias, en las que los factores emocionales e intelectuales se refuerzan y por eso, a través del arte, se enriquece e intensifica la vida. Dewey sostiene: «Las obras de arte son los medios más íntimos y enérgicos de ayudar a los individuos a participar en el arte de vivir [...] por medio de la imaginación».⁴⁹

De acuerdo con Dewey, el arte es la prueba manifiesta del sentido vital de los fines, por eso ayuda a su comprensión moral, evitando las adulteraciones de las teorías que, o bien los reifican, como la ética clásica, o bien los interpretan como subjetivos, como la ética moderna. De acuerdo con Dewey, los valores no son límites fijos y a priori de la conducta, sino que surgen de las experiencias pasadas satisfactorias y sirven como medios para reajustar inteligentemente nuestras conductas presentes, guiando los elementos que la constituyen a su culminación.⁵⁰ La idea de que existen valores, fines en sí, al margen de la experiencia ha salpicado también la interpretación del arte. El idealismo, el romanticismo, pero también las teorías estéticas clásicas consideran la obra de arte como expresión de valores estéticos bien trascendentes, bien subjetivos. Sin embargo, como Dewey señala, es difícil mantener la separación de fines y medios en el caso de la experiencia estética porque la propia experiencia es buscada por sí misma, es un fin, gracias a su materialidad y su singularidad. Por eso, para Dewey, es la prueba de la integridad de la experiencia, del valor funcional que los valores tienen en la experiencia, como fines que guían su desarrollo y medios, por tanto, para su culminación. Frente a los dualismos que todavía subyacen en las consideraciones reductivas del arte como algo exclusivamente formal, o emocional o determinado institucionalmente, a través del arte, señala Dewey, podemos comprender la naturaleza integral de la experiencia y el papel que en ella juegan los valores, lo que resulta imprescindible desde el punto de vista moral.

CONCLUSIONES. Dewey señala la tendencia de los seres humanos a evadirse de las penurias de las situaciones presentes para encontrar satisfacción en un mundo ideal. Esta separación de los valores que dan sentido a la vida de las conductas cotidianas ocurrió en el mundo clásico pero también en el mundo moderno.

En el mundo clásico se consideraba que había unos valores objetivos y trascendentes que ordenaban los acontecimientos que ocurrían en el mundo. La belleza, la posibilidad de conocer el mundo y su bondad se desprendían de su participación en ese orden ideal, como relata Platón. La Revolución Científica supuso la supresión de las esencias, de esos fines en sí, paradigmas de todo proceso de la

⁴⁸ J. DEWEY., *Experience and Nature*, p. 277.

⁴⁹ J. DEWEY, *Art as Experience*, p. 339.

⁵⁰ J. DEWEY, *Naturaleza humana y conducta*, pp. 208-209.

naturaleza. Se mantuvieron entonces en el sujeto, considerándose como cualidades puramente subjetivas, es decir, introspectivas, bien emotivas, o bien intelectuales. Esta consideración introspectiva de los valores se manifestó en las teorías estéticas. Se consideró que el objetivo de la obra de arte era expresar esos estados introspectivos, como en el idealismo de Croce o en el romanticismo. Más problemático que la interpretación subjetiva de los valores, tanto estéticos como morales, fueron sus consecuencias prácticas. Los valores como fines de la acción, se separan de las conductas que sirven de medios para satisfacer necesidades. La industria, gobernada científico-tecnológicamente, como actividad productiva y útil, se separa de la moral, asentada en unos ideales subjetivos; en esa situación, el arte intenta evadirnos de un mundo mecanizado y una moral poco gratificantes.

Esta compartimentación de la vida humana es consecuencia de la separación de fines, valores e ideales morales que dan sentido a la vida, y medios productivos y técnicos de satisfacer necesidades. La integridad de la experiencia se rompe, al romperse la continuidad de fines y medios. Esa separación de los valores de la integridad de la experiencia de la que forman parte sigue muy presente en las teorías estéticas que reducen el valor de la experiencia estética a uno de sus elementos: las emociones, la forma de la obra, lo dispuesto como arte por el contexto institucional y subraya la importancia de la consideración deweyana funcional de los valores por referencia a la integridad de la experiencia.

Dewey entiende la experiencia como las interacciones del individuo con el medio. Los valores surgen de las experiencias pasadas, son ideas que nos han permitido conducirnos satisfactoriamente, por eso, son medios que nos pueden resultar útiles para conducir las experiencias presentes. La experiencia resulta satisfactoria cuando culmina, es decir, cuando integra todos los elementos, emocionales, ideales, materiales, que la componen. Cuando eso ocurre, la experiencia resulta satisfactoria y se goza por sí misma. Es lo que ocurre con la experiencia estética, en ella todos los elementos emocionales, ideales y materiales fluyen y se refuerzan hasta su culminación. El arte tiene como función provocar experiencias estéticas, que son fines en sí mismas, que se buscan por sí mismas y, al mismo tiempo, esos fines son inseparables de la materialidad misma de la experiencia que se disfruta. El arte es expresión de la continuidad fines-medios en el que resulta imprescindible reparar para potenciar la dimensión estética de nuestra vida cotidiana y para el crecimiento vital, evitando la vacuidad de los fines y la falta de significado de las conductas.